

Las aventuras de Telémaco

Las aventuras de Telémaco/ Louis Aragon
Traducción de Walter Cassara
–1ª ed. Buenos Aires, 2016–

Título original: *Les aventures de Télémaque*

ISBN 978-987-1586-74-5

© 1966, Éditions Gallimard
© 2016, Huesos de jibia
colección la falena (otras narrativas)

Pasaje Robertson 522
(1406) C.A.B.A.

www.huesosdejibia.com.ar
www.huesosdejibia.blogspot.com.es
www.facebook.com/editorial.hdj
huesosdejibia@gmail.com

Diseño: Pedro Giraldo
Maquetación: Maurice Brosandi
Fotografía de tapa: © Graciela Prieto
www.gracielaprieto.com

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien de CulturesFrance, opérateur du Ministère Français des Affaires Etrangères et Européennes, du Ministère Français de la Culture et de la Communication et du Service de Coopération et d'Action Culturelle de l'Ambassade de France en Argentine.

Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación Victoria Ocampo, cuenta con el apoyo de CulturesFrance, operador del Ministerio Francés de Asuntos Extranjeros y Europeos, del Ministerio Francés de la Cultura y de la Comunicación y de Acción Cultural de la Embajada de Francia en Argentina.

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

LOUIS ARAGON
Las aventuras de Telémaco

Traducción de Walter Cassara

A Paul Éluard

PALINODIA

Los problemas de la escritura y de la originalidad, pueden en ocasiones atormentar a un muchacho, ya que son problemas imposibles de atrapar. Para algunos espíritus aventurados, 1920 habrá sido el año de los procesos formales. Y bien, por ahí andamos. El sentido preciso de las palabras ya no vendría a establecer para nadie aquello que comúnmente llamamos un ideal. A mí también la cosa me esquivo con frecuencia, y ello podrá advertirse en que he reunido a lo largo de todo un libro, bajo las distintas especies de la palabra *amor*, una suma de elementos que no son esenciales al amor en sí mismo. Confieso aquí ese tormento, y a falta de palabras espero –aún hoy– que me aclare los verdaderos movimientos de mi corazón, en medio de todas las reminiscencias del placer. De ahí estos errores, estos malentendidos, estas confusiones.

La puerilidad de esta obra –que no se muestra a simple vista– estriba en que estas aventuras no superan el ciclo de la infancia, y plantean la ecuación de dos desconocidos, el hombre y la mujer, que solo podrá resolverse demasiado tarde. Que nadie se engañe, no podemos perseguir la crítica de la vida más que en ausencia del amor. Y una vez que este comienza, los dones cambian y cumplimos con la aquiescencia universal. La apatía frente a las ideas, he aquí algo que no sospechábamos. Delicia de probar los encantos del huracán sentimental. Yo me parto entre las manos de una ternura infinita, consentida y finalmente sublevada. Aquí comienza el eclipse del yo. La noche en pleno mediodía. Si ustedes saben lo que es el amor, descarten las páginas que siguen.

L. A.

LIBRO I

A pesar de toda la grandeza de nuestras lenguas, el pensador se ve a menudo agobiado por encontrar una expresión que se ajuste exactamente a su pensamiento, y a falta de dicha expresión él no puede hacerse comprender frente a los otros, ni mucho menos frente a sí mismo. Forjar vocablos nuevos es una pretensión de legislar sobre las lenguas que raras veces funciona bien. Antes de acudir a este dudoso recurso, más honesto es buscar en una lengua muerta y erudita la idea en cuestión con las palabras adecuadas, y en el caso de que el uso antiguo de esta expresión resultara incierto, por la negligencia de sus autores, sería todavía mejor fortalecer el significado que le era propio (aunque deba quedar en incertidumbre si este era el mismo significado que se le daba entonces), que perderlo todo volviéndose ininteligible.

IMMANUEL KANT: *Crítica de la razón pura*
(2ª parte, 2ª división, libro I, sección primera)

Como un caracol al borde del mar, Calipso repetía desesperadamente a la espuma que arrastran los navíos, el nombre de Ulises. En su pena, ella se olvidaba inmortal. Las gaviotas que la escoltaban, al aproximársele, se desbandaban por miedo a ser derretidas por el fuego de sus lamentaciones. La risa de los prados, el grito de los finos guijarros, todas las caricias del paisaje se volvían más crueles delante de la ausencia de aquel que se las había enseñado. ¿Para qué encaminar la mirada hacia lo infinito, cuando no se puede más que tropezar con las agrias llanuras de la desesperación? En vano, las riberas de la isla florecían al tránsito de su soberano, ella no prestaba atención más que al curso estúpido de las mareas.

Un barco vino oportunamente a estrellarse a los pies de Calipso. De allí salieron dos abstracciones. La primera no tendría más de veinte años y se parecía tanto a Ulises que las ramas mismas de los arbustos, por el modo en que él las doblaba,

reconocieron a Telémaco, su hijo, que jamás había ceñido a ninguna mujer entre sus brazos. La segunda entidad no resultó comprensible, ni por la arena de los senderos, ni por la diosa desolada, ni por la primavera eterna que reinaba en aquellas comarcas fabulosas. Apenas podía reconocerse a Minerva bajo los rasgos del viejo Mentor, acaso convertida en ninfa o en otra deidad más alta.

No obstante, Calipso reconoció con alegría a su amante fugitivo en este joven náufrago que se aproximaba a ella. Sabiendo ya que aquel cuerpo que divisó por primera vez la trastornaba tanto como aquellas manchas fosforescentes —las algas pegadas a los miembros pulidos de Telémaco—. Ella se sintió mujer y fingió enojo.

—Extranjeros —gritó—, sigan su camino si estiman la vida. Los hombres están excluidos de mis dominios.

En su frente, el rubor desmentía sus palabras. El joven viajero se inclinó con la gracia de una ofrenda.

—Señora —dijo él—, a quien dudo en tomar por una divinidad, pues tan hermosa me parece, ¿podrías mirar sin compasión a un muchacho que se busca a sí mismo a través del mundo, porque persigue su propia imagen, a un padre que se proyecta perpetuamente lejos de mí, por la misma furia de las tempestades que ahora me arrojan desnudo a tus pies?

—Ese padre, ¿quién es?

—Lo llaman Ulises, y quien sea que responda a ese nombre, es famoso en toda Grecia y Asia. Su patria le está prohibida, las olas no le perdonaron una equivocación. La sabiduría de este héroe, lejos de evitarle los obstáculos, lo arrastró siempre a nuevos peligros. He dejado sin esperanzas a mi madre Penélope; recorro el Universo interpellando a Ulises, enterrado quizás en el fondo de los mares, y a veces encuentro entre los espíritus los vestigios de aquel que me rehúye, y de aquel a quien, oh diosa, si el extraño juego de las pasiones lo hubiese arrojado a tu isla, tú no le ocultarías dicha suerte a su hijo Telémaco.

Más atenta a las vicisitudes de su corazón que a las

de aquel discurso, Calipso no osaba desgarrar con el habla o el movimiento el encanto que suspendía su mirada en aquella forma demasiado humana. El vértigo que nublabo sus ojos la obligaba, por temor a sí misma, a romper prontamente el silencio.

—Telémaco, tu padre... Pero te contaré su historia en mi morada, donde encontrarás reposo más dulce y fresco que el viento ensortijado de las plumas agitadas por los sirvientes, y si sabes apreciar mis cuidados maternos, esta felicidad, exclusiva de un minuto, yo la puedo prolongar infinitamente en el laberinto clausurado de mis brazos.

La gruta de la diosa se abría en el declive de una ladera. Desde el umbral se dominaba el mar, más desconcertante que los sauces del tiempo multicolor entre los peñascos tallados en picada, chorreantes de espuma, ruidosos como la chapa, y sobre el lomo de las olas, las magnas bofetadas del ala de los chotacabras. Al costado de la isla, se extendían los territorios fabulosos: un río descendía del cielo y se enlazaba a su paso con los árboles florecidos de pájaros, las viviendas y los templos, las construcciones desconocidas, andamios de metal, torres de ladrillos, palacios de cartón, rodeaban —trenzándolos cansina y tortuosamente— los lagos de miel, los mares interiores, las vías triunfales; los bosques penetraban en los rincones de las ciudades imposibles, mientras que sus cabelleras se perdían entre las nubes; el suelo se agrietaba aquí y allá, al nivel de las minas preciosas, de donde surgía la luz del paisaje; el gran aire dislocaba las montañas y las capas de fuego danzaban en las alturas; las lámparas-palomas cantaban en las pajareras, y entre las tumbas, los edificios, los viñedos, animales más raros que el sueño se paseaban con lentitud. El decorado se continuaba en el horizonte con los mapas geográficos y los bastidores ruinosos de una habitación estilo Luis Felipe donde dormían unos ángeles rubios y castos como el día.

Una vez que le hubo mostrado todas estas bellezas naturales, Calipso le dijo a Telémaco: —Encontrarás aquí el lecho y los vestidos que necesitas. Cuando hayas utilizado ambos, vendrás a verme. Prometo contarte una historia que sacudirá tu corazón.

Al mismo tiempo, ella lo introdujo con Mentor en una estancia apartada de la gruta en la cual residía. Reinaba allí un ambiente maravilloso: los objetos se desprendían de la luz. Trajes de nieve, túnicas sutiles de sentimientos, vestidos de sensualidad, cinturones ingeniosos, aguardaban a los nuevos invitados en dicho sitio. Como Telémaco se demoraba en tocar los tejidos y en comprobar su ligereza incomparable, Mentor se echó a reír con un ruido de matraca:

—Telémaco, ¿encontrarás algún día a tu padre, si te dejas conmovir por la fineza de una tela? Un paño no es más bello que otro, un paño no es más paño que otro: los errores no radican sino en nuestros juicios. Inducciones continuas de nuestra experiencia a la generalidad de los casos, sofismas más delicados que estos tejidos, he aquí la vida y sus mentiras. ¿Por qué compadecerse de los fenómenos, cuando nos hundimos víctimas de nuestros placeres o de nuestras penas?

—La preparación que necesita un joven hombre —respondió Telémaco con un suspiro—, sus alegrías o sus penas, los trunca tu risa sarcástica. Abolir la facultad de reflexionar, de todos modos, yo estoy pensando un poco en ello. Pero los maniqués no se controlan: el mecanismo o el dominio de sí, me pierdo entre esos dos polos. ¿Desde que uno obedece, se obedece? El rechazo a la sumisión lo determina el orden. Ustedes me tienden la mano: mi puño se cierra y se retira, eso es todavía una gentileza. El gesto del que hablo me recuerda la muerte. Vivimos por la urbanidad. Pero esta dama es amable, Mentor, ¿cuántas bondades tiene para con nosotros!

—Si la amas, faltas a tu compromiso con Ulises, considéralo. Aquerenciarse o huir, no veo la diferencia. Admiramos en proporción a nuestra estupidez, amamos en la

medida de nuestra ignorancia. La adormidera de las palabras anestesia a los corazones inexpertos. Cuídate de las invenciones del deseo. Del deseo del otro o del tuyo, ¿cómo decidir cuál es más peligroso?

Calipso los recibió rodeada de sus ninfas que servían una colación ideal, ofreciéndoles los argumentos de los Medas, el coral de las canciones de la India, el penetrante perfume de los vocablos egipcios, la sabiduría sádica de Atenas. Toda la carne dispuesta se asomó, ante los convidados, exquisita como un dolor. El vino más sugerente que el aire, más agradable que la memoria, parecía tan fresco como la fruta, y como la felicidad. Entonces, las ninfas comenzaron a cantar, celebrando las batallas de los muertos y de los elementos; el forcejeo del hombre con las palabras; la pasión común a los dioses y a las bestias; la sustancia inflamable del mundo; el amor a los labios morados. Finalmente, las ninfas narraron los trabajos de aquellos héroes que asediaron Troya, la ciudad de las apariencias. El nombre del astuto Ulises expiró como un gemido en el delirio vehemente de los lirios. Al oírlo, Telémaco se extravió en una fantasía bañada de una belleza singular. Al percibir que él no podía probar bocado, Calipso hizo una seña a sus ninfas para que comenzaran a bailar y restablecieran así una imagen agradable de la voluptuosidad. Al finalizar la comida, la diosa se inclinó ante Telémaco y le dijo:

—Hijo del gran Ulises, debes saber que ningún mortal puede entrar impunemente en esta isla si no obtiene mi merced. El naufragio, algo muy común por estos lares, no autoriza que despierte mi furia, pero el amor... ¡Ay! Tu padre lo ha conocido antes, sin obtener de él ninguna ventaja. Él no ha vivido aquí en un estado inmortal, sino en la excesiva pasión por la patria que lo desgarraba, en la nostalgia de la miserable Ítaca, la constante precipitación hacia el oleaje que lo devoraba. Advertido de este triste ejemplo, y sabiendo que nunca volverás a ver tu tierra natal, consuélate, Telémaco, de haberlo perdido, y acepta mi lecho, mi reino y la divinidad.

Ante estas palabras, el joven se ruborizó y clavó los ojos en el cuerpo de la diosa, a la que solo había estado escuchando distraídamente, mientras relataba las aventuras de Ulises. En el temor de parecer ingenuo, él se escudó en el motivo de la aflicción en la cual la muerte de aquel rey lo había sumido, para ocultar su congoja y para eludir aquella felicidad que se le ofrecía tan de repente. Confiada en que la música podía restablecer la calma en el corazón de los seres humanos, Calipso pidió a la ninfa Eucharis que entonase una melodía sosegadora. La belleza se templó en su laúd, y su voz se elevó como una llama:

—¡Oh, roca, mi fortaleza! Dolores, torrentes, cadenas de la noche, redecillas de la muerte arremolinadas contra ti. Extiende un inmenso fuego, devóralo todo, sátiro, carbón de los bosques. ¡Arriba!, sobre una nube oscura en el cielo, para poner un pie en la tierra. Oscuridad, los vientos te arrastran. La tempestad estalló en campanadas, y el relámpago dijo: *¡Nombre de Dios!* La tierra se abre como una herida y muestra su vientre. Mis pies son ruedas, mis manos son ruedas, tus ojos son ruedas. En el cascanueces de tus brazos, el amor cruje entre las nubes, los dientes de los hombres bajo mi puño, los árboles enjutos de hocicos violentos, grandes piezas de seda áspera, rasgadas como quimeras, humos mecánicos, perfumes de los pantanos.

Para conocer mejor a su huésped y sondear sus sentimientos, Calipso interrogó al joven acerca de las vueltas del destino que lo habían arrastrado hasta aquellas costas. Él se excusó durante un largo tiempo, pero ella lo presionó y él no pudo resistirse más, y comenzó la historia de sus infortunios:

—Partí de Ítaca, a espaldas de los pérfidos amantes de mi madre. Salí en busca de noticias de mi padre junto con otros príncipes reunidos por el asedio de Troya. Ninguno de ellos podía decirme si él aún vivía. En general, se creía que estaba en Sicilia, donde la violencia de los vientos lo habría vuelto loco. Me dispuse a tratar de alcanzarlo allí. Mi compañero, Mentor, se resistió enérgicamente a este plan. —¿No tienes miedo —me

dijo— de caer en manos de los Cíclopes antropófagos o de las flotas troyanas que custodian esos parajes? Recupera Ítaca, libera a tu madre del yugo de los pretendientes, y si los dioses no nos devuelven a Ulises, llegarás a reinar: un hombre vale tanto como otro. Me enfadé; no obstante, él no me abandonó.

Mientras Telémaco hablaba, Mentor —aún fatigado por el viaje— no cesaba de vigilar, y unos rayos luminosos escaparon de su frente. Calipso lo observaba con una mezcla de asombro y desconfianza. El viejo advirtió esto, y enseguida reprimió la claridad que se desprendía de su cabeza, adquiriendo un aspecto más modesto.

—Al comienzo —prosiguió Telémaco—, el tiempo nos resultó favorable. Pero, de pronto, una tormenta negra nos envolvió en la noche, a veces desgarrada por el fuego del cielo. Bajo esa luz fugitiva advertimos las naves de Eneas, más peligrosas para nosotros que los escollos. La confusión del piloto habría imposibilitado cualquier maniobra, si Mentor no hubiese dado las órdenes y tomado el timón. Como me reproché amargamente este terrible descuido, y luego juré una obediencia futura a Mentor, este verdadero amigo me respondió con una sonrisa: —El respeto que pretendes consagrar a mi experiencia, guárdalo para los corredores de carros. No quisiera sobredimensionar este pequeño artificio contra siglos de sabiduría. Toda experiencia se limita a un giro tedioso de la mente, que siempre es preferible al curso desgraciado de los acontecimientos. La máscara de la vejez es solo una máscara, como cualquier otra, un sucedáneo, un divertimento, una superchería grotesca de la que uno debería reírse. Algún día, cuando descubramos que no hemos rendido honores sino a unas cabezas calvas o blancas, nos asombraremos de los hombres, perdidos en la oscuridad de los mitos infantiles. Y mientras tanto, en esta época esclarecida, matamos a los recién nacidos que lucen ojos verdes. El siglo pasado, la juventud, el progreso, la madurez, nuestros antepasados, la moderación, la esperanza, son lo mismo que otras tantas

palabras incomprensibles que agitan como ciruelos las barbas majestuosas de las profecías. Demuestra, Telémaco, que eres un digno hijo de Ulises y no prestes demasiada atención a acontecimientos que yo no he anticipado con más clarividencia que la tuya.

—Al tiempo que él pronunciaba estas palabras, nos librábamos de los troyanos con la ayuda de un ardid y alcanzábamos la costa de Sicilia a fuerza de remar. Pero uno no escapa de una ilusión sino mediante otra; cuando cree que su error se ha subsanado, resulta que sigue ahí, completamente a salvo. Al extremo abatimiento de la debilidad sucede la extrema alegría de la ingenuidad. Otros troyanos, gobernados por el viejo Acestes, habitaban las costas de Sicilia; al desembarcar, los enemigos nos agarraron desprevenidos, y en la primera refriega ardió nuestra flota y mataron a todos nuestros compañeros. —Entiende —dijo Mentor— puesto que nada nos puede salvar, nada tenemos que perder. De hecho, a ambos nos mantuvieron con vida para llevarnos ante el rey e interrogarnos acerca de nuestros planes. Con las manos atadas por la espalda, cubiertos por el polvo del camino, fuimos arrojados a los pies del monarca, que nos interrogó severamente acerca de nuestros orígenes y sobre el motivo de nuestro viaje. Nuestras mentiras no tuvieron más efecto que la orden de ser escoltados, con todas las manadas de esclavos, hacia la casa real. Sabiendo que nada —según las palabras de Mentor— podíamos perder, intenté verificar el axioma de mi compañero; deteniendo la guardia que nos escoltaba, exclamé: —¡Rey Acestes, he aquí al hijo de Ulises, que prefiere la muerte a la esclavitud! Todos los presentes estallaron en maldiciones, alguien me reconoció y yo estaba condenado a perecer con Mentor en la tumba de Anquises. Le reproché amargamente a mi asistente la falsa sabiduría que él me había enseñado, y que a tantos infortunios nos había conducido: —Todo en ti es dios —respondió él— y no deberías guardar ninguno de tus entusiasmos, pero si un hombre o una idea te dejan ver el hierro de su armazón, puedes desencantarte y despreciarlos con el mismo exceso con que

los encomiaste. Deliras de nuevo. Mis palabras no son talismanes felices o infelices. Una palabra vale lo que otra, y todas son ceros. No tengas miedo, sin embargo, no morimos por tan poco.

—Fuimos conducidos hacia el sepulcro de Anquises: ya se alzaban los altares, ya ardía el fuego sagrado y brillaba la espada del sacrificio. Bajo una lluvia torrencial, una multitud odiosa nos contemplaba marchar hacia el cadalso. Sobre un trono de azar, Acestes asistía a nuestros últimos instantes. Los soldados del cortejo hablaban entre ellos de sus amantes, y se burlaban de nosotros. Mis vestimentas sucias no me sentaban nada bien. No había ingerido más que una sopa aguada y horrible. Todo estaba terminado: nos coronarían de flores. Pero en ese momento, Mentor echó mano de una estratagema y cambió el curso de los acontecimientos. Se encendió un enorme sol, y la gente emocionada comenzó a reclamar, a grandes gritos, nuestra absolución. Las mujeres rompieron a llorar. Nuestros guardias nos miraban con pleitesía. El rey dejó caer su cetro, nos estrechó en sus brazos, llamándonos sus amigos y salvadores. Gracias a este prodigio, yo recobré mi admiración por Mentor, pero él rompió a reír en mi cara, y en pocas palabras que no he podido retener, se burló del sentimiento de deferencia que me había inspirado nuestro único triunfo. Acestes nos invitó a acompañarlo al palacio y nos colmó de regalos. Entonces, nos ofreció una nave para reconducirnos a Grecia antes de que la flota de Eneas pudiera interceptarnos en Sicilia. Por temor a exponernos al recelo de los griegos, en vez de piloto y remeros troyanos, el rey nos proveyó de una escuadra fenicia, que nos dejaría en Ítaca y conduciría el barco hacia la isla de los troyanos. Pero los azares de la conversación, en los que se pueden escuchar los pensamientos de los hombres, nos deparaban otros peligros que afrontar.

LIBRO II

*A nuestro alrededor, de pronto, vi que
los diferentes objetos sentimentales no
estaban en el mismo sitio.*

ANDRÉ BRETON Y PHILIPPE SOUPALT:

Los campos magnéticos

De todas las ninfas de Calipso, la más inquietante era Eucharis. Se parecía a las flores lácteas que Telémaco había vislumbrado alguna vez, en un sueño. Durante el relato del joven príncipe, Eucharis no cesaba de hacer rodar entre sus manos translúcidas un largo bucle negro que le caía sobre la frente. Una sola noche no bastaba para agotar las aventuras del hijo de Penélope (¡qué hermosa debía ser aquella mujer, en medio de sus amantes, sobre el promontorio de Ítaca!). Durante muchas veladas, Telémaco hipnotizó a la diosa y a sus compañeros con la voz de aquel hombre que vivía entonces en su isla. Follajes perforados de luz, cesuras atravesadas por lentas apariciones femeninas de pies silenciosos, los días se dividían en siestas, bajo los cordajes de las redes y de las cacerías más emocionantes que las tormentas, con el relámpago de largos lebreles blancos, los extravíos de la razón en la espesura del bosque, al borde de los lagos tranquilos o de los claros, la vista repentina de los cielos en medio de los árboles resinosos. Una noche igual a todas, pero más oscura, Eucharis visitó a Telémaco mientras dormía. Al principio, él no sabía qué nombre darle. Entonces, encontró gran cantidad de injurias dulces como la ternura que se revela en las tinieblas. El descubrimiento de un cuerpo, ¡qué voluptuosidad insinuante! El pegarse de la carne codo a codo, desde los talones hasta las axilas, trae escalofríos que estremecen a la naturaleza, como los pasajes de aves nocturnas. El muchacho giró sobre el flanco acariciado; sintió la boca y el pecho de lo desconocido, y luego

de un dilatado movimiento de su brazo libre, aferró el brazo más lejano de la mujer, lo recorrió y alcanzó su límite. Los cabellos se deshacían sobre los hombros, como una ola bajo un barco. Un sol puntiforme nació bajo los cuatro párpados, se extendió y extendió, abrasando en llamas al mundo:

—Soy Eucharis —dijo.

Y se levantó rápidamente, corriendo hacia la gruta vecina. Telémaco se sintió más pesado que la montaña. Eucharis regresó con una lámpara de aceite de luz filosodal: ella parecía bañada en oro como el deseo, y su amante reconoció con celeridad el poder de su belleza. Las ninfas inspiran a los mortales un amor que se renueva constantemente. Eucharis era una ninfa y Telémaco un mortal. Después de un largo tiempo, el cansancio hizo girar los cráneos hacia la sombra, cuando la cabeza de Eucharis cayó sobre el lecho como una nuez vacía. Entonces, Telémaco acarició distraídamente la frente de su primera amante y se puso a meditar:

Todo lo que no es yo es incomprendible.

Así vaya a buscarlo a orillas del Pacífico, o así lo recoja en las comarcas de mi existencia, el caracol que me llevo a la oreja resuena con la misma voz que me lanzó al mar, y que solo es el rumor de mí mismo.

Todas las palabras, si de pronto me limito a guardarlas en mi mano como radiantes objetos de nácar, todas las palabras me permitirán escuchar el océano, y en su gran espejo sonoro yo no encontraré otra cosa que mi propia imagen.

Aunque el lenguaje, en apariencia, se reduce a este único yo, cuando uno repite cualquier palabra la despoja de todo aquello que no es el yo, convirtiéndola solo en el sonido de un devenir orgánico por el cual mi vida se manifiesta.

En el mundo, no hay más que yo, y si de vez en cuando yo tengo la debilidad de creer en la existencia de una mujer, basta que

me incline sobre su pecho para escuchar el sonido de mi corazón, y reconocirme en ello. Los sentimientos no son más que un lenguaje que facilita el ejercicio de determinadas funciones.

Llevo en el bolsillo izquierdo un retrato que se me parece mucho: se trata de un reloj bruñido en acero; me marca el tiempo, me habla, pero no entiende nada.

Todo lo que es yo es incomprendible.

La primera mirada de Eucharis fue un deseo. Déjame —dijo Telémaco—. Ya está bien. Te aseguro que este último éxito no se debe a la singular inspiración de esta pieza. No contaba con tu visita, pero ya estás aquí, y no se hable más de ello.

—Niño, cómo te compadezco y cómo me hiere tu insolencia. Lo que me atrae de ti, no es esta arrogancia estúpida, ni el cabello negro o el ánimo suspicaz. Permanece tranquilo sobre tu lecho. Pocas personas saben disfrutar de esa inmovilidad más dulce que el sueño, cuando el hombre y la mujer vacilan al separarse, experimentando el alejamiento de uno por el otro.

—Déjame dormir solo, te lo ruego. No estoy acostumbrado al descanso en común.

—¿En verdad, no tienes ninguna idea acerca del amor?

—No es asunto tuyo. Me lo has enseñado todo, pero créeme, te estaré más agradecido si me dejas dormir que si terminas con una penosa instrucción.

Y mientras Telémaco volvía hacia la pared su cuerpo ya tomado por Morfeo, la ninfa despeinada saltó al suelo y se despegó, risueña e impetuosa, más vivaracha que la mañana. Al salir de la gruta, se detuvo y se miró las manos; miró el mar, miró el viento, miró las cataratas y los arroyos, miró las mesetas rocosas y la somnolencia de las flores. Y luego inclinó la espalda, abrió los brazos, tocó el cielo, tocó la hiedra amorosa de la piedra, tocó las nieves eternas, tocó a Eucharis, la más bella de las ninfas, la vencedora, la amante del joven Telémaco, esa caña adormecida en su flexibilidad, Eucharis... Junto con el agua

clara que brotaba de la roca, Eucharis se llevaba el recuerdo del amor. Luego, empezó a peinar su largo cabello, todo lo que le quedaba de la noche en el mundo, y se puso a cantar y a tejer, racimos o cadenas, esterillas colmadas de besos:

Cerveza al pie de los acantilados, arcos en el corazón de los montes imantados que demoran a las naves, el sol mi apuesto marido del alba, las siestas indolentes, los ríos escapados del macizo granito, las zambullidas al vuelo de los martín pescadores, daría toda la vida por mi cabello, mi cabello que aviva con rombos de tormenta los sentidos innombrables de mi amigo.

Mi amigo es una foca bebé, un voraz troglodita, mi amante. Mi amigo no me ha dado nada, no me ha dicho que me encontraba hermosa. Me acarició por casualidad y luego nos acostamos. Dormimos, dormimos, dormimos. Sus manos son hermosos dioses blancos.

Descubrimientos marinos, tus besos de lisa alga danzan. Te deslizas lentamente entre mis brazos, pino quebrado, ébano, orgullo o banco de hielo. Lagarto ¿qué puedes decir de mis dientes? ¿Qué dices sobre el estado del tiempo? Dentro de poco, podríamos irnos de veraneo.

Demencia alrededor del cuello, piel atenazada, en las praderas la mujer y los deseos perdidos. Noche y día, el amor. Lo que sale de los bosques toma la forma de la primavera. A la sombra de Telémaco, la naturaleza entera se marchita. Canta, sarmientos, fuego, corrientes de aire: los insectos dorados aguardan tu despertar.

El viejo Mentor subió la colina. Él solía masticar una piedra para aflojar la lengua, como todo el mundo sabe. Divisó a Eucharis, escuchó su canción y el nombre de Telémaco.

Mi niña —le preguntó a la ninfa—, ¿me has escuchado? Bendita, hablas a solas de mi discípulo.

—Extranjero —contestó Eucharis—, entiendes con mucha

singularidad tus obligaciones como preceptor. No obstante, me agrada vuestro príncipe. Duerme como un precioso animal. Mira lo que me ha hecho. Y él sigue allí, todavía sigue allí.

—Prefiero que él haya tenido contigo el debut prometido por Calipso, que es un poco vieja y bastante perversa.

—Después de mi señora, soy yo misma la que...

—Basta, hermosa ninfa, péinate y no grites.

Eucharis reanudó su canción:

Árbol vigoroso, mi ladrón, por ti las playas, por ti las llanuras y las flaquezas. Atado a mis dedos de porcelana tu cabellera a favor. Árido ardor, mis rodillas contra tus pechos, yo basculo. Tablero de música, he aquí el amor, mi querida.

A orillas del mar, Mentor se ejercitaba incansablemente en la elocuencia. Con solo una bocanada de aire, gritaba frases muy difíciles de pronunciar. Atraídas por su voz las gaviotas se cernían sobre el anciano, y los pingüinos habían trazado un círculo alrededor suyo para escucharlo. A modo de ejercicio, él declamó la siguiente exhortación:

Bien pensada y bien sentida, la idea de la destrucción debería trocar el universo, en un solo día, en un monasterio o una tumba. ¿Cuándo, pues, nos avergonzaremos de jugar a la vida? Las farsas más breves son las mejores. El hombre, los pájaros y todo el resto, he aquí lo que dura cumplidamente. Ustedes que duermen en las ciudades, en esos enormes hospicios de jaulas numeradas donde los cementerios son los jardines más frescos, ustedes no valen más que un campesino sentado sobre su estiércol, pensamientos estancados, cebollas de estupidez o de inteligencia podrida.

La obra de Dios es hermosa, es una especie de embriaguez. ¡Qué más da que vayamos a morir un día si la hemos apreciado, con sus maravillosas palmeras, sus montañas, sus valles, la melancolía, los barcos, dos y dos son cuatro, el perfecto equilibrio que prueba la existencia del Creador, las alegrías de la niñez, de la juventud, de

la edad madura, de la vejez, la locura, la sabiduría, París capital de Francia, ejemplos conmovedores de la piedad filial, del amor puro, de la dulce renuncia a uno mismo! La felicidad del día es una felicidad sin mezclas.

La libertad por el suicidio o por la evasión, siempre volvemos a ese punto de la historia. ¿Pero qué sabemos acerca de estos medios de transporte? He leído algunas páginas hermosas sobre el tema: edredones rojos, vasos de vino. Ustedes no podrán hacerme creer que el propietario es tan estúpido como para haber dejado la llave bajo la puerta: un disparo de revólver, ni siquiera es un buen precio. ¿De dónde sacamos que los condenados a cadena perpetua deben matarse? Las cárceles estarían vacías.

—¿Adónde me llevas, pensamiento?—dijo el viejo imbécil—. Delante de tu nariz, —respondió la pequeña estúpida.

Hay gente en la tierra que es como los piojos. Cuando ustedes hayan acabado de tener hijos, me lo podrán confirmar. Después de lo cual tendrán que comenzar de nuevo. La inocencia de los recién nacidos sigue siendo una invención curiosa: somos todos recién nacidos e inocentes, me refiero a los culpables. El sentido común, la lógica, señoras y señores, son caminos peligrosos. A uno lo asaltan como en un bosque.

Este pequeño discurso comienza a fastidiarlos, como la vida me fastidia a mí; busquemos juntos el modo de salir de esta trampa. Al igual que el vendedor ambulante que ofrece tarjetas postales con voz respetuosa: “¿Querría una tarjeta postal, señor?”, luego de estos honestos preámbulos me gustaría proponerles al oído un sistema que no garantiza el Gobierno, pero que es absolutamente nuevo, calentito y hermoso, con una placa que dice: “No cierre la puerta”; un sistema, en fin, un sistema, un sistema:

UN sistema.

El SISTEMA Dd: noche, catarata, a pocos minutos y pensamientos de presión cardiovascular, reloj escrutinio de sentimientos, campos desiertos de adoquines oolíticos (huevos de hombres y cráneos de avestruces), ano destrozado de la razón, cadena del reloj.

El Sistema Dd: juego del espejo blanco sobre el espejo negro, juego del espejo blanco sobre el espejo plano, juego del espejo plano sobre el espejo convexo, juego del espejo convexo sobre el espejo cóncavo, juego.

El Sistema Dd se propone:

resolver todos los problemas en menos tiempo del que se tarda en formularlos;

plantear todos los problemas en menos tiempo del que se tarda en pensarlos;

pasar el tiempo por la criba, barajar las cartas, reventarle la cabeza al pobre mundo;

dormir de pie, iluminar la noche, oscurecer el día, poner a rodar en los ojos sus felices billetes de lotería;

ganar o perder en todos los juegos de destreza y azar: traga-bolas, cuchillos, ruletas, bolos, caballitos, retórica, política, poesía, religión, amor, bridge y apuestas;

descolgar el sol; apagar el entusiasmo de los pequeños vientres rollizos;

romper con sus lógicas tan esencialmente lógicas, hacer círculos en el agua, cuadrados en el aire, y ni círculos ni cuadrados, ni en el agua ni el aire.

El sistema Dd se propone: hacer esto, aquello y lo contrario, y ni esto ni aquello ni lo contrario, no hacer nada, hacer todo, llamarse a silencio y morir un poco.

El Sistema Dd tiene dos letras, dos caras, dos cantos, admite todas las contradicciones, no admite ninguna contradicción, es sin duda la contradicción misma, la vida, la muerte, la vida, la vida, según la opinión de los aficionados.

Las personas que nos ven de pronto a la luz insisten en atraparnos: —¿Corres a la muerte? La vida no ha de ser divertida para ti todos los días. Debes de ser muy infeliz. ¿Adónde te conducirá todo esto? No hay sociedad posible en estas condiciones. ¿Deseas el fin del mundo? Tú ni siquiera piensas en ello. Es una forma de decir, pero entonces ¿eres anarquista? ¡Oh, madre mía, madre mía, madre mía, el señor es anarquista!

Tú crees que puedes ocultarte poniendo la mano delante de tus ojos, crees que puedes hacer que todo sea simple, que todo sea atractivo gracias a algunas vilezas.

Buena gente, no vendan el alma al primer diablo que pase. ¿Cómo se puede asistir a los espectáculos con ese corazón tan de rata almizclera, tan de ardilla y de otros roedores espantosos, enfermizos, tan de bancarrota, tan de adulterio, traiciones y resfriados cerebrales? Aquí se viene a buscar el olvido en los ojos vacíos como los de las estatuas. Derramo el licor de la decepción y me burlo de ustedes porque el hastío, la impaciencia, la indignación, el desprecio, las risas falsas como breteles, son todo lo que tienen para decir. Y no es solo que sea sucio, feo, estúpido, pretencioso, inútil, inútil; ustedes y yo somos tal para cual. ¡Linda pareja! No me griten que deliro; cuando los contemplo, siempre regreso a mis ovejas sarnosas.

El Sistema Dd los hace libres: rompan con todo, caras obtusas. Ustedes son los amos de todo lo que destruyen. Las leyes, la moral, la estética están hechas por consideración hacia las cosas frágiles. Hay que romper con todo lo frágil. Pongan a prueba su fuerza una vez; luego los desafío a no continuar. Aquello que no puedan destruir, los destruirá, será su amo. Destruyan las ideas sagradas, todo aquello que empaña de lágrimas los ojos, destruyan, destruyan, les entrego –para nada– este opio más poderoso que todas las drogas: destruyan. Metan en todas partes los dedos inciertos. La duda es el pozo más oscuro y profundo que se abre ante ustedes: al despeñarse en él se produce una caída sin fin que les provocará la sensación encantadora de estar bajando eternamente por un ascensor.

Duda de la duda: siempre se pueden volver contra las ideas más pueriles con las uñas ensangrentadas. Jamás llegarán a dudar de nada ni a destruir nada. Ustedes son inalterables, aunque pretendan cambiar. Fragilidad o fuerza, todo es canto. El viento que baila sobre las nubes en las montañas no se preocupa de las pequeñas viviendas explosivas. A cierto nivel, no hay más que imbéciles, no existen sino los imbéciles. No hay ninguna razón para estar observando día y noche el mundo a través de la pequeña lupa de un telescopio.

La primera D de mi sistema era la duda, la segunda d será la fe.

Creo en mí, en ti, en él y en todos los otros.

Creo en los milagros, las oportunidades, las ciencias ocultas y la Ciencia, en el jabón, la generosidad del corazón y la beneficencia social.

Creo en el cielo azul, los árboles verdes, la bandera tricolor, la bandera roja, la tierra redonda como una pelota, la juventud joven, la vejez vieja. Yo creo. Yo. Creo en la duda, dudo de mi fe. Creo dudar de creer en mi duda. Creo en aquello que creo.

Aquello que ha sido es lo que será, no se puede evitar lo que ha de ser. Lo que he dicho, lo que voy a decir, no puede impedirme decir lo que digo. Jano blanco y negro, el sistema Dd será la escuela de la sinceridad. Un viejo ministro de la República, comandante de la Legión de Honor y miembro de varias sociedades eruditas, que maneja los fondos de propaganda del movimiento DADÁ, me decía el otro día: —En toda mi carrera, no conocí más que a un hombre sincero, el banquero Rochette. Francamente, entre nosotros, ¿eres sincero?

Punto de mira más variable que el viento de las veletas donde el cazador con su perdiguero se orienta indistintamente hacia un polo y otro, hacia el alba o hacia el anochecer, no se sabe muy bien, hacia el sol de todos modos; flores de oro en el gaznate, canario desplumado, voz del corazón, la sinceridad es la moneda corriente del aire. En vano se agita ante mis ojos la bandera insignia de la opinión pública: admiración, desprecio, indiferencia, todo me resulta soberanamente lo mismo. Solo, en medio del vasto mundo, este pequeño universo de la imaginación; lo miro a la cara, sin querer nada, sin buscar nada, ni siquiera el grano de la estolidez que tiritita en nuestras órbitas. Y me río como un campo de trigo.

Los pingüinos asustados se lanzaron contra Mentor con difusos gritos de reproche y miradas llenas de cólera. —¿Soy yo —se preguntaba Minerva— la hija con el casco de Júpiter o

soy aquel charlatán griego que porta con devoción los atributos masculinos? A medida que él o ella se hacían esta pregunta, apareció Calipso con un vestido matinal, el cabello al viento, la piel fresca. Y Minerva no tenía ninguna duda de que era un hombre.

—Diosa —dijo Mentor— eres más bella que la arena. Mi palabra de honor...

—¡Qué vergüenza tu palabra, anciano!

—Si no confías en mi palabra, aléjate de mí, diosa, ya sabes que tus encantos han hecho que un hombre, después de los cincuenta años, se creyese cercenado del reino de los vivos.

—Es increíble —dijo Calipso—, me parece que tu cabello se ha ennegrecido.

—No es un milagro menor. Pero mira, cerca de ti, mis miembros han recobrado su fuerza y su elasticidad.

—Me acosas como si fueras un muchacho. ¡Ah, Mentor!

—Señora, perdámonos al fondo de aquellos bosques.

Permaneció a orillas del mar como un guijarro caído de la boca de Minerva, mientras los pájaros gritones hacían el amor en pleno vuelo.

LIBRO III

*Con toda la nobleza posible, Sturel se creó un estado
aventurero del alma.*

MAURICE BARRÈS: *La llamada del soldado*

Armado de arco y flechas, Telémaco paseaba por los bosques de la isla una melancolía sin remedio. En vano los pájaros amorosos susurraban bajo las ramas el nombre divino de Eucharis; en vano las olas, en vano las hojas agitadas por la suave mano de Céfiro murmuraban: Eucharis... En todos los estanques naturales, el joven héroe veía la imagen temblorosa de un cuerpo del cual podría medir, de ahora en adelante, todo el poder. Había derribado algunos fuegos voladores, algunos estremecimientos velludos, y las víctimas pendían de su cintura. De pronto, entre el follaje, ¿qué nuevo objeto sacude su mirada? Al fondo de un paraje selvático, yace Calipso recostada sobre la hierba. ¡Y Mentor! Mentor descansa entre sus brazos.

La cabellera de la diosa es un juguete del aire; el velo ya no cubre la piedra de yeso de sus pechos; lánguida, atizada, voluptuosa, Calipso brilla como una moneda sobre la hierba. Su cabeza reclinada sobre Mentor, y Mentor reclinado en el centro de las caricias, devora a su amante, se ahueca, se consume en lo insaciable. De la boca de ella sale un fuego rojo, veloz, rampante. Sin cesar, la llamarada fénix del deseo, parecida a la palabra, se deshace en polvo y renace más ardiente de sus cenizas. El vaivén entrecortado de las mareas sacude ese matorral humano, que corona como dos alas de cisnes las armoniosas agarraderas de Calipso. El pie derecho de Mentor se apoya contra el tronco de un álamo y lo hace temblar en el día. El cuerpo vigoroso del viejo se inclina de pronto hacia el cielo, la tierra parece abismarse bajo sus pies, y a través de ese pórtico viviente Telémaco divisa los campos aéreos constelados de pájaros y los pastizales mansamente